

De todo el mundo

Número especial, enero 2003.

OFICINA DE INFORMACIÓN DE LA PRELATURA DEL OPUS DEI EN MÉXICO



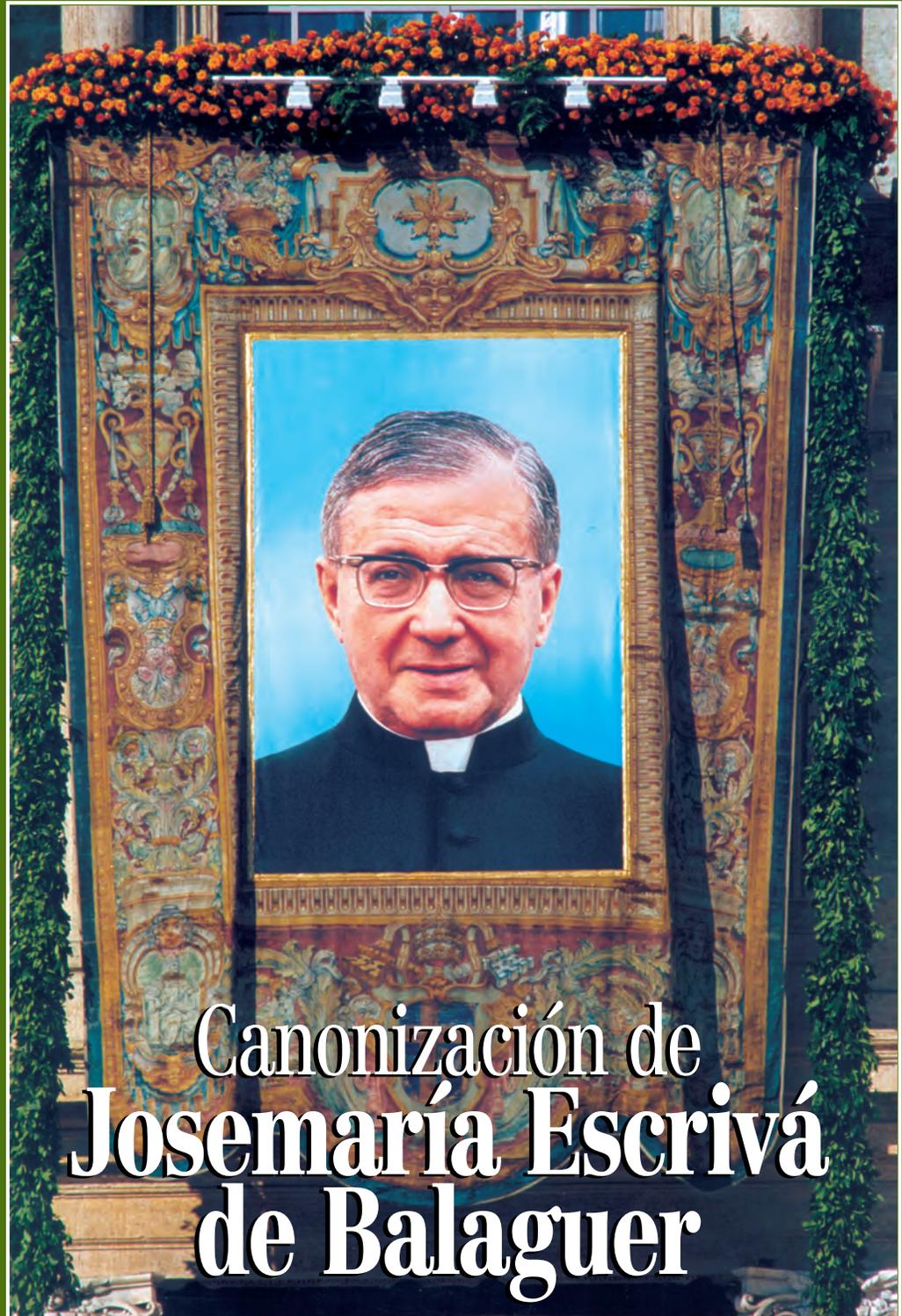
■ **Días
de fiesta**



■ **El Santo
de lo ordinario**



■ **Siervo
bueno y fiel**



Canonización de
**Josemaría Escrivá
de Balaguer**

DÍAS DE FIESTA

A las 10:25 del domingo 6 de octubre, ante varios centenares de miles de personas de los cinco continentes, Juan Pablo II canonizó a Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, en la Plaza de San Pedro.

La fiesta en Roma había comenzado tres días antes y concluyó la tarde del 10 de octubre, con la última misa de acción de gracias que tuvo lugar en la Basílica de San Eugenio.

El 3 de octubre a las 12:00 horas, las reliquias de San Josemaría fueron trasladadas a la Basílica de San Eugenio. Ahí, el féretro con el cuerpo del nuevo santo permaneció expuesto hasta el día 10 de octubre. El párroco de San Eugenio, el padre Michele Díaz, ha explicado que durante estos días «decenas de miles de personas han pasado por la Basílica» para venerar las reliquias de San Josemaría. Según don Michele, ha sido una verdadera «procesión de piedad y devoción, durante la cual se han confesado miles de personas».

La presentación del proyecto *Harambee 2002* tuvo lugar el 4 de octubre en el auditorio de Santa Cecilia. «Toda canonización es un don, un motivo de alegría, un re-

FOTO: CEDROS.



galo que invita a la gratitud. Como expresión tangible de estos sentimientos ha nacido el *Proyecto Harambee 2002*: un fondo de pequeños donativos de los participantes en la canonización para financiar proyectos educativos en África». Con estas palabras, Umberto Farri, presidente del Comité Organizador de la Canonización, sintetizó el motivo que congregó a 2 mil personas en esta velada a favor de *Harambee* que en la lengua kiswahili significa «todos a una».

A las 10:25 de la soleada mañana del 6 de octubre, Juan Pablo II canonizó a Josemaría Escrivá. A la ceremonia asistieron personas de 84 países. Según datos del Comité, un tercio de los peregrinos era italiano, un tercio del resto de Europa y otro tercio de los otros continentes. Los grupos más numerosos llegaron, además de Italia, de los siguientes países:

España, Francia, Estados Unidos, México, Alemania, Brasil, Polonia y Filipinas. Los asistentes a la canonización pudieron seguir la ceremonia en las 13 pantallas distribuidas por la plaza.

Junto al Papa concelebraron otras 42 personas entre cardenales, arzobispos, obispos y sacerdotes, y monseñor Javier Echevarría, obispo prelado del Opus Dei. El Papa recordó en la homilía el ideal de San Josemaría: «Eleva el mundo hacia Dios y transformarlo desde dentro: he aquí el ideal que el santo fundador os indica, queridos hermanos y hermanas que hoy os alegráis por su elevación a la gloria de los altares (...). Siguiendo sus huellas, difundid en la sociedad, sin distinción de raza, clase, cultura o edad, la conciencia de que todos estamos llamados a la santidad. Esforzaos por ser santos vosotros mismos en



primer lugar, cultivando un estilo evangélico de humildad y servicio, de abandono en la Providencia y de escucha constante de la voz del Espíritu».

En primera fila se encontraba el doctor Manuel Nevado Rey, médico cirujano español, curado milagrosamente en 1992 de una radiodermatitis crónica, gracias a la intercesión de Josemaría Escrivá. El suyo ha sido el milagro estudiado para la canonización. El doctor Nevado dijo esa mañana que «aunque ya le había agradecido mi curación en numerosas ocasiones a San Josemaría, hoy he renovado ese agradecimiento. (...) Hoy, en la Plaza de San Pedro, me he preguntado: ¿Por qué a mí? (...) Yo soy un entusiasta del trabajo, que había adquirido una enfermedad por causa de su oficio. Y como la Obra pretende la santificación del hombre a través del trabajo diario, quizá con mi curación haya querido insistir en que ése es el camino que agrada a Dios».

Durante los días siguientes, numerosas misas se celebraron para dar gracias a Dios. En la presidida la mañana del 7 de octubre por monseñor Javier Echevarría en la Plaza de San Pedro, el Prelado del Opus Dei afirmó: «Todos en la Iglesia, cada Pastor y cada fiel, estamos llamados a comprometernos personalmente en la búsqueda

diaria de la santidad personal y a participar –también personalmente– en el cumplimiento de la misión que Cristo nos ha confiado. Si el siglo XX ha sido testigo del “redescubrimiento” de esa llamada universal –que estaba contenida en el Evangelio desde el principio, y de la que San Josemaría Escrivá fue constituido heraldo por la personal vocación divina recibida–, el siglo que estamos recorriendo ha de caracterizarse por una más efectiva y extensa puesta en práctica de esa enseñanza. He aquí uno de los grandes desafíos que el Espíritu lanza a los hombres y mujeres de nuestro tiempo».

El júbilo en Roma se vivió también en multitud de países, gracias a las 30 emisoras de televisión que retransmitieron la canonización. Así, durante estos inolvidables días de júbilo, el entrañable recuerdo de San Josemaría vibró sin fronteras para recordar al mundo la llamada universal a la santidad, que el nuevo santo definía así: «Ciertamente se trata de un objetivo elevado y arduo. Pero no me perdáis de vista que el santo no nace: se forja en el continuo juego de la gracia divina y de la correspondencia humana. Todo lo que se desarrolla –advierete uno de los escritores cristianos de los primeros siglos, refiriéndose a la unión con Dios–, comienza por ser pequeño. Es al alimentarse gra-

dualmente como, con constantes progresos, llega a hacerse grande (S. Marcos Eremita, *De lege spirituali*, 172). Por eso te digo que, si deseas portarte como un cristiano consecuente –sé que estás dispuesto, aunque tantas veces te cueste vencer o tirar hacia arriba con este pobre cuerpo–, has de poner un cuidado extremo en los detalles más nimios, porque la santidad que Nuestro Señor te exige se alcanza cumpliendo con amor de Dios el trabajo, las obligaciones de cada día, que casi siempre se componen de realidades menudas» (*Amigos de Dios*, 7, 1).

La tarde del 10 de octubre marcó el solemne final de la celebración oficial con la última misa de acción de gracias por la canonización de Josemaría Escrivá. La ceremonia tuvo lugar en la basílica romana de San Eugenio. En la homilía, monseñor Javier Echevarría invitó a quienes vivieron la canonización en Roma y el mundo, a «poner en práctica las enseñanzas de quien el Señor constituyó –al hacerle ver el Opus Dei– en heraldo y maestro de la llamada universal a la santidad y al apostolado en las circunstancias de la vida ordinaria. Pidamos a Dios Padre, por la intercesión de este santo sacerdote, como la Iglesia nos invita a hacer en la colecta de la Misa, para que, realizando fielmente el trabajo cotidiano según el Espíritu de Cristo, seamos configurados a tu Hijo» (*Misa de San Josemaría*, Colecta).

Al finalizar la misa, y con ella la celebración oficial por la canonización del Fundador del Opus Dei, el féretro con el cuerpo de San Josemaría fue trasladado a la Iglesia de Santa María de la Paz. 

INFORMACIÓN SELECCIONADA DE:
www.opusdei.org.mx

SE EL SECRETO DE LA SANTIDAD

HOMILÍA DE JUAN PABLO II

Roma, Plaza de San Pedro; 6 de octubre de 2002

«**L**os que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios» (Rm 8,14). Estas palabras del Apóstol Pablo que acaban de resonar en nuestra asamblea nos ayudan a entender mejor el significativo mensaje de la canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer, que hoy celebramos. Él se dejó llevar dócilmente por el Espíritu, convencido de que sólo así se puede cumplir en plenitud la Voluntad de Dios.

Esta fundamental verdad cristiana era un motivo recurrente en su predicación. En efecto, no cesaba de invitar a sus hijos espirituales a invocar al Espíritu Santo para que la vida interior, es decir, la vida de relación con Dios, y la vida familiar, profesional y social, hecha de pequeñas realidades terrenas, no estuvieran separadas, sino que

constituyeran una única existencia «santa y llena de Dios». «A ese Dios invisible –escribió–, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales» (*Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, n.114).

Actual y urgente es también hoy esta enseñanza suya. El creyente, en virtud del bautismo que le incorpora a Cristo, está llamado a entablar con el Señor una ininterrumpida relación vital.

«Tomó, pues, Yahveh Dios al hombre y lo dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase» (Gn 2, 15). El Libro del Génesis, como hemos escuchado en la primera Lectura, nos recuerda que el Creador ha confiado la tierra al hombre, para que la «labrase» y «cuidase». Los creyentes actuando en las diversas realidades de este mundo, contribuyen a realizar este



FOTO: L'OSSERVATORE ROMANO.

proyecto divino universal. El trabajo y cualquier otra actividad, llevada a cabo con la ayuda de la Gracia, se convierten en medios de santificación cotidiana.

ELEVAR EL MUNDO Y TRANSFORMARLO

«La vida habitual de un cristiano que tiene fe –solía afirmar Josemaría Escrivá–, cuando trabaja o descansa, cuando reza o cuando duerme, en todo momento, es una vida en la que Dios siempre está presente» (*Meditaciones*, 3 de marzo de 1954).

Esta visión sobrenatural de la existencia abre un horizonte extraordinariamente rico de perspectivas salvíficas, porque, también en el contexto sólo aparentemente monótono del normal acontecer terreno, Dios se hace cercano a nosotros y nosotros podemos cooperar a su plan de salvación. Por tanto, se comprende más fácilmente, lo que afirma el Concilio Vaticano II, esto es, que «el mensaje cristiano no aparta a los hombres de la construcción del mundo [...], sino que les obliga más a llevar a cabo esto como un deber» (*Gaudium et spes*, 34).

Elevar el mundo hacia Dios y transformarlo desde dentro: he aquí el ideal que el santo Fundador os indica, queridos hermanos y hermanas que hoy os alegráis por

su elevación a la gloria de los altares. Él continúa recordándoos la necesidad de no dejaros atemorizar ante una cultura materialista, que amenaza con disolver la identidad más genuina de los discípulos de Cristo. Le gustaba reiterar con vigor que la fe cristiana se opone al conformismo y a la inercia interior.

Siguiendo sus huellas, difundid en la sociedad, sin distinción de raza, clase, cultura o edad, la conciencia de que todos estamos llamados a la santidad. Esforzaos por ser santos vosotros mismos en primer lugar, cultivando un estilo evangélico de humildad y servicio, de abandono en la Providencia y de escucha constante de la voz del Espíritu. De este modo, seréis «sal de la tierra» (Cfr. *Mt* 5, 13) y brillará «vuestra luz delante de los hombres, para que viendo vuestras buenas obras glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (*Ibid.*, 5, 16).

LA FUERZA MISTERIOSA DE LA CRUZ

Ciertamente, no faltan incomprendiones y dificultades para quien intenta servir con fidelidad la causa del Evangelio. El Señor purifica y modela con la fuerza misteriosa de la Cruz a cuantos llama a seguirlo; pero en la Cruz –repetía el nuevo Santo– encontramos luz, paz y gozo: *Lux in Cruce*,

requies in Cruce, gaudium in Cruce!

Desde que el siete de agosto de mil novecientos treinta y uno, durante la celebración de la Santa Misa, resonaron en su alma las palabras de Jesús: «cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí» (*Jn* 12, 32), Josemaría Escrivá comprendió más claramente que la misión de los bautizados consiste en elevar la Cruz de Cristo sobre toda realidad humana, y sintió surgir de su interior la apasionante llamada a evangelizar todos los ambientes. Acogió entonces sin vacilar la invitación hecha por Jesús al apóstol Pedro y que hace poco ha resonado en esta Plaza: «*Duc in altum!*». Lo transmitió a toda su Familia espiritual, para que ofreciese a la Iglesia una aportación válida de comunión y servicio apostólico.

Esta invitación se extiende hoy a todos nosotros. «Remad mar adentro –nos dice el divino Maestro– y echad las redes para la pesca» (*Lc* 5, 4).

ORACIÓN, EXPIACIÓN, ACCIÓN

Para llevar a cabo una misión tan comprometida hace falta, sin embargo, un incesante crecimiento interior alimentado por la oración. San Josemaría fue un maestro en la práctica de la oración, que él

consideraba un «arma» extraordinaria para redimir el mundo. Aconsejaba siempre: «Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en “tercer lugar”, acción» (*Camino*, n. 82).

No es una paradoja, sino una verdad perenne: la fecundidad del apostolado está sobre todo en la oración y en una vida sacramental intensa y constante. Éste es, en el fondo, el secreto de la santidad y del verdadero éxito de los santos.

¡Que el Señor os ayude, queridísimos hermanos y hermanas, a acoger esta exigente herencia ascética y evangelizadora! ¡Que os sostenga María, a quien el santo Fundador invocaba como *Spes nostra, Sedes Sapientiae, Ancilla Domini!*

¡Que la Virgen haga de cada uno de nosotros un auténtico testigo del Evangelio, dispuesto a dar en todo lugar una generosa aportación a la edificación del Reino de Cristo!

¡Que nos sean de estímulo el ejemplo y las enseñanzas de San Josemaría, para que, al término de nuestro peregrinar terreno, podamos también nosotros participar en la bienaventurada herencia del Cielo! ¡Allí, junto con los ángeles y todos los santos, contemplemos el rostro de Dios y cantaremos su gloria por toda la eternidad! 

SANTIDAD

EN EL TRABAJO

*Homilía de Mons. Javier Echevarría, obispo prelado del Opus Dei.
Roma, Plaza de San Pedro, 7 de octubre de 2002*

1. *Laudate Dominum omnes gentes* (Sal 116 [117], 1), alabad al Señor todas las gentes. La invitación del Salmo responsorial, que ha resonado hace unos momentos, constituye un buen resumen de los sentimientos que se desbordan hoy de nuestro corazón: *Deo omnis gloria!*, para Dios toda la gloria. Queremos adorar al Dios tres veces Santo y darle gracias por el don con que ha enriquecido a la Iglesia y al mundo: la canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer, sacerdote, fundador del Opus Dei, realizada ayer por nuestro amadísimo Papa Juan Pablo II.

Nuestra gratitud se dirige también al Santo Padre, que ha dado cumplimiento a este designio de la Trinidad: mientras nos disponemos a elevar nuestra plegaria al Cielo, confiamos al Señor su Augusta Persona y sus intenciones. Sabemos que esta súplica agrada mucho a San Josemaría, que amó con toda su alma al Vicario de Cristo en la tierra, hasta el punto de no separar nunca ese amor al Papa del que profesaba a

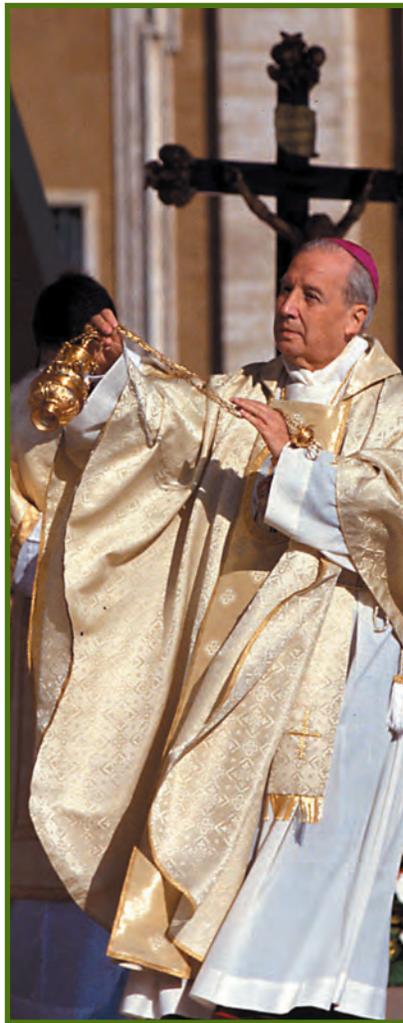


FOTO: OFICINA DE INFORMACIÓN DE LA PRELATURA DEL OPUS DEI EN ROMA.

Jesucristo y a su Madre bendita. En efecto, desde el mismo instante en que el Señor irrumpió en su alma con los primeros barruntos del Opus Dei, que entonces aún no conocía, comenzó a rezar y a trabajar para hacer realidad el clamor que brotaba de su corazón: *Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!*, todos, con Pedro, a Jesús por María.

LLAMADA UNIVERSAL

Todos los participantes en esta Santa Misa, y las innumerables personas unidas espiritualmente a nosotros en el mundo entero, nos reconocemos gustosamente deudores del nuevo Santo que Dios ha concedido a la Iglesia. Muchos de nosotros hemos obtenido por su intercesión gracias y favores de todo tipo. No pocos nos esforzamos por seguir sus pasos de fidelidad al Señor en la tierra, tratando de reproducir en nuestras almas el espíritu que él encarnó. A todos, San Josemaría nos ha mostrado –con su ejemplo y con sus enseñanzas– un modo bien concreto de



FOTO: L'OSSERVATORE ROMANO.

recorrer la senda de la vocación cristiana, que tiene como meta la santidad. Por esto, la canonización del Fundador del Opus Dei asume los rasgos característicos de una fiesta: la fiesta de esta gran familia de Dios, que es la Iglesia. Por todo esto queremos dar gracias al Señor en esta celebración eucarística.

2. No han transcurrido cuarenta años desde que el Concilio Vaticano II proclamó la llamada universal a la santidad y al apostolado (Cfr. *Lumen gentium*, Cap. V), pero queda aún mucho camino por recorrer, hasta que esa verdad llegue efectivamente a iluminar y a guiar los pasos de los hombres y las mujeres de la tierra. Lo ha recordado explícitamente el Romano Pontífice, en su Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, al proponer esa doctrina como «fundamento de la programación pastoral que nos atañe al inicio del nuevo milenio» (NMI, 31).

Todos en la Iglesia, cada pastor y cada fiel, estamos llamados a comprometernos personalmente en la búsqueda diaria de la santidad personal y a participar –también personalmente– en el cumplimiento de la misión que Cristo nos ha confiado. Si el siglo XX ha sido testigo del «redescubrimiento» de esa llamada universal –que estaba contenida en el Evangelio desde

el principio, y de la que San Josemaría Escrivá fue constituido heraldo por la personal vocación divina recibida (Cfr. *Misa de San Josemaría Escrivá*, Colecta)–, el siglo que estamos recorriendo ha de caracterizarse por una más efectiva y extensa puesta en práctica de esa enseñanza. He aquí uno de los grandes desafíos que el Espíritu lanza a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

San Josemaría Escrivá procuró despertar esta urgencia de santidad en todos los hombres. El hecho de que su canonización haya tenido lugar en los albores del nuevo siglo, resulta particularmente significativo. Su mensaje resuena con especial fuerza en los momentos actuales: «Hemos venido a decir, con la humildad de quien se sabe pecador y poca cosa –*homo peccator sum* (Lc 5, 8), decimos con Pedro–, pero con la fe de quien se deja guiar por la mano de Dios, que la santidad no es cosa para privilegiados: que a todos nos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén; de todos, cualquiera que sea su estado, su profesión o su oficio. Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencia, puede ser medio de santidad: no es necesario abandonar el propio estado en el mundo, para buscar a Dios, si el Señor no da a un alma la vocación

religiosa, ya que todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo» (*Carta*, 24-III-1930, n. 2).

BUSCARLE, ENCONTRARLE, AMARLE

3. En todo instante –como aconsejaba el nuevo Santo ya desde los años 30 (Cfr. *Camino*, n. 382)– hay que buscar al Señor, encontrarle y amarle. Sólo si nos esforzamos día tras día en recorrer estas tres etapas, llegaremos a la plena identificación con Cristo: a ser *alter Christus*, *ipse Christus*. «Quizá comprendéis –os repito con sus palabras– que estáis como en la primera etapa. Buscadlo con hambre (...). Si obráis con este empeño, me atrevo a garantizar que ya lo habéis encontrado, y que habéis comenzado a tratarlo y a amarlo, y a tener vuestra conversación en los cielos (Cfr. *Flp* 3, 20)» (*Amigos de Dios*, n. 300).

A Jesús le encontramos en la oración, en la Eucaristía y en los demás sacramentos de la Iglesia; pero también en el cumplimiento fiel y amoroso de los deberes familiares, profesionales y sociales propios de cada uno. Se trata en verdad de un objetivo arduo, que sólo al final del peregrinar terreno podremos alcanzar plenamente. «Pero no me perdáis de vista que el santo no nace: se forja en el continuo

juego de la gracia divina y de la correspondencia humana». Así exhortaba San Josemaría en una de sus homilías; y añadía: «Por eso te digo que, si deseas portarte como un cristiano consecuente (...), has de poner un cuidado extremo en los detalles más nimios, porque la santidad que Nuestro Señor te exige se alcanza cumpliendo con amor de Dios el trabajo, las obligaciones de cada día, que casi siempre se componen de realidades menudas» (*Ibíd.*, n. 7).

FOTO: L'OSSERVATORE ROMANO.



SANTIDAD Y SANTIFICACIÓN

Santificar el trabajo. Santificarse con el trabajo. Santificar a los demás con el trabajo. En esta frase gráfica resumía el Fundador del Opus Dei el núcleo del mensaje que Dios le había confiado, para recordarlo a los cristianos. El empeño por alcanzar la santidad se halla inseparablemente unido a la santificación de la propia tarea profesional –realizada con perfección humana y rectitud de intención, con espíritu de servicio– y a la santificación de los demás. No es posible desentenderse de los hermanos, de sus necesidades materiales y espirituales, si se quiere caminar en pos del Señor. «Nuestra vocación de hijos de Dios, en medio del mundo, nos exige que no busquemos solamente nuestra santidad personal, sino que vayamos por los senderos de la tierra, para convertirlos en trochas que, a través de los obstáculos, lleven las almas al Señor; que tomemos parte como ciudadanos corrientes en todas las actividades temporales, para ser levadura (Cfr. *Mt* 13, 33) que ha de informar la masa entera (Cfr. *1 Cor* 5, 6)» (*Es Cristo que pasa*, n. 120).

4. La Providencia divina ha dispuesto que la trayectoria terrena de San Josemaría Escrivá tuviese lugar en el siglo XX, tiempo que ha presenciado enormes desarrollos de la ciencia y de la técnica,

que no siempre, por desgracia, han estado al servicio del hombre. En efecto, es preciso reconocer que, junto a logros admirables del espíritu humano, en este tiempo nuestro abundan los torrentes de aguas amargas, que tratan inútilmente de apagar la sed de felicidad de los corazones. Pero también es cierto –como escribió Mons. Álvaro del Portillo– que, con el mensaje espiritual del nuevo Santo, «todas las profesiones, todos los ambientes, todas las situaciones sociales honradas (...) han quedado removidas por los Ángeles de Dios, como las aguas de aquella piscina Probática recordada en el Evangelio (Cfr. *Jn* 5, 2 y ss.), y han adquirido fuerza medicinal» (*Carta pastoral*, 30-IX-1975, n. 20).

Al recordar al primer sucesor de nuestro Padre, a don Álvaro del Portillo, sentimos muy cerca su presencia espiritual en estos momentos. Con él podemos afirmar, llenos de agradecimiento a Dios, que gracias a la doctrina y al espíritu del Fundador del Opus Dei, «hasta de las piedras más áridas e insospechadas han brotado torrentes medicinales. El trabajo humano bien terminado se ha hecho colirio, para descubrir a Dios en todas las circunstancias de la vida, en todas las cosas. Y ha ocurrido precisamente en nuestro tiempo, cuando el materialismo se empeña en convertir el trabajo en un barro

que ciega a los hombres, y les impide mirar a Dios» (*Ibíd.*).

Saludo a quienes habéis acudido a Roma desde países de lengua inglesa, para asistir a la canonización de San Josemaría Escrivá. Al regresar a vuestros hogares, llevad con vosotros y tratad de poner en práctica las enseñanzas del nuevo santo. Pedid a San Josemaría que os enseñe a convertir la prosa diaria –las situaciones más comunes– en versos de poema heroico: en afanes y realidades de santidad y de apostolado.

A los que procedéis de países de lengua francesa, os recuerdo la importancia de colaborar en la misión apostólica de la Iglesia, que es deber de todo cristiano, procurando fecundar con el espíritu del Evangelio las artes y las letras, las ciencias y la técnica. Pedid la intercesión de San Josemaría, para llevar a la práctica aquella aspiración que Dios mismo grabó en su alma: poner a Cristo –con nuestro trabajo, sea el que sea– en la cumbre de todas las actividades humanas.

Hoy la Iglesia venera a la Virgen Santísima con la advocación de Nuestra Señora del Rosario. Me da alegría pensar que la canonización de nuestro Fundador ha tenido lugar en la víspera de una fiesta de Santa María; esta coincidencia es como un signo más de su cariñosa asistencia de Madre. A su mediación materna acudimos, llenos de confianza, al tiempo que renovamos nuestro agradecimiento al Señor por esta canonización. *Deo omnis gloria!*, repito una vez más, mientras pedimos que se difunda entre los cristianos, cada día con más fuerza, el deseo de santidad personal y de apostolado en las circunstancias de la vida ordinaria. Así sea. 🌿

JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, SIERVO BUENO Y FIEL

*Saludo de
Mons. Javier Echevarría
al Santo Padre al
finalizar la Misa de
Acción de Gracias.*



FOTO: L'OSSERVATORE ROMANO.

Beatísimo Padre.

Hace diez años, en esta misma Plaza, mi inolvidable predecesor como prelado del Opus Dei, Mons. Álvaro del Portillo, dirigía a la Vuestra Santidad unas sentidas palabras de agradecimiento tras la beatificación de Josemaría Escrivá. Hoy me corresponde a mí el honor inmerecido de manifestar la alegría y la gratitud de los millares de fieles y cooperadores de la Prelatura, y de los innumerables devotos de San Josemaría Escrivá que, en Roma y fuera de Roma, han participado con intenso júbilo en la ceremonia de canonización. Gracias, Santo Padre.

El solemne reconocimiento de la santidad de este siervo bueno y fiel, a quien Dios Nuestro Señor constituyó en heraldo de la llamada universal

a la santidad y al apostolado en las circunstancias ordinarias de la vida, invita a todos los católicos a salir al encuentro de Dios en el cumplimiento de los propios deberes familiares, profesionales y sociales.

La canonización de Josemaría Escrivá es, sin duda alguna, un don para el mundo entero, porque siempre tendremos necesidad de intercesores ante el trono de Dios. Entraña un nuevo motivo de confianza especialmente para los fieles laicos, que ven reafirmada una vez más su excelsa vocación de hijos de Dios en Jesucristo, llamados a ser perfectos como el Padre celestial (Cfr. *Mt* 5, 48) en las circunstancias ordinarias de la vida. Como ha escrito Vuestra Santidad en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, «es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este “alto grado” de la vida cristiana ordinaria» (*NMI*, 31).



Entiendo que San Josemaría Escrivá ha sido uno de los que se han anticipado a los tiempos, recordando la llamada universal a la santidad y al apostolado que con tanta fuerza proclamó el Concilio Vaticano II. En efecto, no sólo difundió por el mundo esta doctrina, respaldada por el ejemplo de su lucha ascética alegre y constante, sino que abrió en la Iglesia, por Voluntad divina, un camino de santificación «viejo como el Evangelio, y como el Evangelio nuevo», otro signo elocuente de la misericordia divina con los hombres y eficaz instrumento al servicio de la Iglesia para el cumplimiento de la misión salvífica.

Millones de personas, Santo Padre, están hoy de fiesta en el mundo entero, dentro y fuera de los confines visibles de la Iglesia. Son muchos, en efecto, los no católicos e incluso los no cristianos que admiran la figura de Josemaría Escrivá y acuden a sus enseñanzas como fuente inspiradora de su propia conducta y de su actividad profesional y social. También estas personas han recibido un impulso esperanzado en el esfuerzo por mejorar nuestro mundo, afligido por injusticias y, al mismo tiempo, deseoso de comprensión y de paz.

En los diez años transcurridos desde la beatificación de Josemaría Escrivá, la acción apostólica de los fieles y cooperadores de la Prelatura del Opus Dei se ha extendido en intensidad y amplitud por muchos países. Sostenidos por la gracia de Dios, han multiplicado sus iniciativas en favor de todo tipo de personas, especialmente de las más necesitadas. Con ocasión del centenario del nacimiento de San Josemaría Escrivá, se han promovido decenas de iniciativas de formación humana y profesional en países en vías de desarrollo y en los barrios pobres de varias grandes ciudades. Se ha querido

testimoniar así que la búsqueda de la santidad personal –la unión con Dios– es inseparable de la solicitud –con hechos concretos– por el bien material y espiritual de los hermanos. Antes de terminar, deseo asegurar a Vuestra Santidad la asidua y ferviente oración por la Persona y las intenciones del Santo Padre, que constantemente elevan al Cielo los fieles y los cooperadores del Opus Dei en el mundo entero. Confío esas plegarias a la Santísima Virgen, a quien hoy recordamos especialmente bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario: enriquecidas por su mediación materna ante Jesús, esas oraciones ayudarán a la Vuestra Santidad en el feliz cumplimiento de la misión de Supremo Pastor.

Santo Padre: permita que le dé las gracias, una vez más, de todo corazón. Al disponernos a acoger y meditar sus palabras, y al felicitarle en nombre de todos por el próximo aniversario de su elección como Sucesor de Pedro, le pido para los fieles y los cooperadores de la Prelatura del Opus Dei, para los incontables devotos de San Josemaría Escrivá, y para mí mismo, la fortaleza de la Bendición Apostólica. 🇵🇦



FOTO: A. GAONA.

EL SANTO DE LO ORDINARIO

Palabras del Papa en la Misa de Acción de Gracias

Plaza de San Pedro, 7 de octubre

¡Queridísimos hermanos y hermanas!:

Con alegría os dirijo mi cordial saludo, en este día que sigue al de la canonización del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Agradezco a S.E. Mons. Javier Echevarría, prelado del Opus Dei, las palabras con las que se ha hecho intérprete de todos los presentes. Saludo con afecto a los numerosos cardenales, obispos y sacerdotes que han querido participar en esta celebración.

Este encuentro festivo une a una gran variedad de fieles, procedentes de muchos países y pertenecientes a los más diversos ambientes sociales y culturales: sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, intelectuales y trabajadores manuales. Es éste un signo del celo apostólico que ardía en el alma de San Josemaría.

FIDELIDAD, CRITERIO SEGURO DE SANTIDAD

En el Fundador del Opus Dei destaca el amor a la Voluntad de Dios. Existe un criterio seguro



FOTO: OFICINA DE INFORMACIÓN DE LA PRELATURA DEL OPUS DEI EN ROMA.

de santidad: la fidelidad en el cumplimiento de la Voluntad divina hasta las últimas consecuencias. El Señor tiene un proyecto para cada uno de nosotros, a cada uno confía una misión en la tierra. El santo no consigue ni siquiera imaginarse a sí mismo al margen del designio de Dios: vive sólo para realizarlo.

San Josemaría fue escogido por el Señor para anunciar la llamada universal a la santidad y para indicar que las actividades comunes que componen la vida de todos los días son camino de santificación. Se podría decir que fue el santo de lo ordinario. En efecto, estaba convencido de que, para quien vive en una perspectiva de

fe, todo es ocasión de encuentro con Dios, todo es estímulo para la oración. Vista de este modo, la vida cotidiana revela una grandeza insospechada. La santidad aparece verdaderamente al alcance de todos.

Escrivá de Balaguer fue un santo de gran humanidad. Todos los que lo trataron, de cualquier cultura o condición social, lo sintieron como un padre, entregado totalmente al servicio de los demás, porque estaba convencido de que cada alma es un tesoro maravilloso; en efecto, cada hombre vale toda la Sangre de Cristo. Esta actitud de servicio es patente en su entrega al ministerio sacerdotal y en la magnanimidad con la cual impulsó tantas obras de evangelización y de promoción humana en favor de los más pobres.

El Señor le hizo entender profundamente el don de nuestra filiación divina. Él enseñó a contemplar el rostro tierno de un Padre en el Dios que nos habla a través de las más diversas vicisitudes de la vida. Un Padre que nos ama, que nos sigue paso a paso y nos protege, nos comprende y espera de cada uno de nosotros la respuesta del amor. La consideración de esta presencia paterna, que lo acompaña a todas partes, le da al cristiano una confianza inquebrantable; en todo momento debe confiar en el Padre celestial. Nunca se siente solo ni tiene miedo. En la Cruz –cuando se presenta– no ve un castigo sino una misión confiada por el mismo Señor. El cristiano es necesariamente optimista, porque sabe que es hijo de Dios en Cristo.

«AMOR REDENTOR»

San Josemaría estaba profundamente convencido de

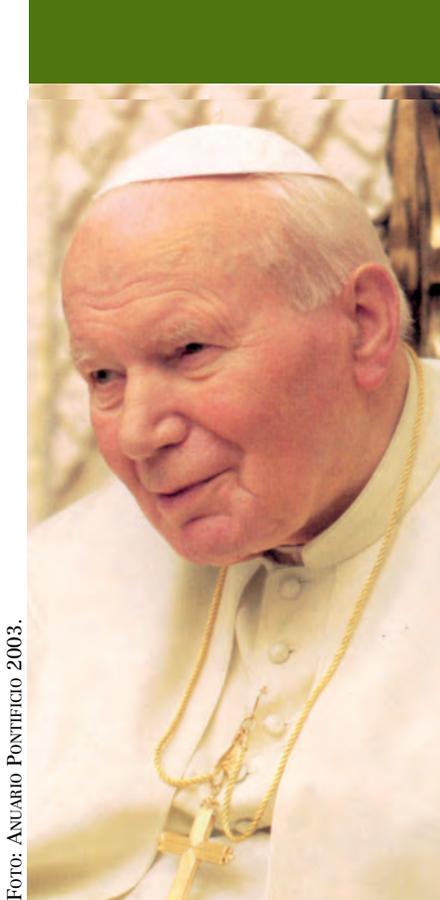


FOTO: ANUARIO PONTIFICIO 2003.

que la vida cristiana implica una misión y un apostolado, de que estamos en el mundo para salvarlo con Cristo. Amaba el mundo apasionadamente, con «amor redentor» (Cfr. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 604). Por eso sus enseñanzas han ayudado a tantos cristianos corrientes a descubrir el poder redentor de la fe, su capacidad de transformar la tierra. Éste es un mensaje que tiene abundantes y fructuosas implicaciones para la misión evangelizadora de la Iglesia.

Promueve la cristianización del mundo «desde dentro», mostrando que no puede haber conflicto entre la ley divina y las exigencias del genuino progreso humano. Este santo sacerdote enseñó que Cristo ha de ser el ápice de toda actividad humana (Cfr. *Jn* 12,32). Su mensaje mueve al cristiano a actuar en los lugares en los que se modela el futuro de la sociedad. De la presencia activa del laico en todas las profesiones y en las fronteras más avanzadas del

desarrollo ha de derivar forzosamente una contribución positiva al fortalecimiento de esa armonía entre fe y cultura de que tan necesitado está nuestro tiempo.

San Josemaría Escrivá ha gastado su vida en servicio de la Iglesia. Los sacerdotes, los laicos que siguen los más diversos caminos, los religiosos y las religiosas encuentran en sus escritos una fuente estimulante de inspiración. Queridos hermanos y hermanas, al imitarle con apertura de espíritu y de corazón, dispuestos a servir a las Iglesias locales, estáis contribuyendo a dar fuerza a la «espiritualidad de comunión», indicada en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte* como uno de los objetivos más importantes para nuestro tiempo.

Me es grato terminar con una referencia a la fiesta litúrgica de hoy, Nuestra Señora del Rosario. San Josemaría escribió un hermoso libro titulado *Santo Rosario* que se inspira en la infancia espiritual, disposición de espíritu propia de quienes quieren llegar a un total abandono en la Voluntad divina. De todo corazón confío a la protección maternal de María a todos vosotros, con vuestras familias y vuestros apostolados, y os agradezco vuestra presencia.

Doy las gracias de nuevo a todos los presentes, especialmente a los que han venido de lejos. Os invito, queridísimos hermanos y hermanas, a llevar a todas partes un claro testimonio de fe, según el ejemplo y las enseñanzas de vuestro santo Fundador. Os acompaño con mi oración y de todo corazón os bendigo, así como a vuestras familias y vuestras actividades. 🌱

UN SANTO QUE AMABA AL MUNDO

MONS. JAVIER ECHEVARRÍA, OBISPO PRELADO DEL OPUS DEI

Gente de todas las procedencias han querido acudir a Roma, junto a Juan Pablo II, para asistir a la canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer. Confieso que estoy conmovido. He oído estas semanas muchas historias de generosidad, de servicio, de ayuda en la enfermedad y en la pobreza: de indios de Cañete (Perú); campesinos venidos de Nigeria y Camerún; familias no cristianas de Hong Kong; personas de todo tipo y de todas partes, que se han sentido personalmente convocadas en Roma. Su número y su variedad –como la de quienes no han podido venir– muestran que este modelo de santidad, que el Papa ha decidido ahora proclamar solemnemente, es hoy algo vivo, actuante; es uno de los dones que el Espíritu ha concedido a la Iglesia en nuestro tiempo.

Conocí a San Josemaría Escrivá el 2 de noviembre de 1948, en Madrid. Tenía yo dieciséis años. Estábamos en una tertulia familiar, y nos ofreció la posibilidad, a mí y a otros dos, de acompañarle en automóvil a ver una casa de convivencias y de retiros en fase de acondicionamiento, cerca de Segovia. Durante el trayecto, con una conversación muy amena y alegre, nos hizo ver la necesidad de afrontar la vida con gozo sincero, porque somos hijos de Dios. Quedé sorprendido por su naturalidad, alegría y entusiasmo. En cierto momento me mareé, y me ayudó como si me conociera desde hacía mucho tiempo, como un padre que no siente repugnancia por lo que sucede a sus hijos. Luego Dios quiso que viviera y trabajara a su lado durante veinticinco años, desde 1950 hasta su fallecimiento en 1975. Agradezco al Cielo este gran regalo. He contemplado en su vida diaria que el encuentro

con Dios llena el alma de gozo. Desde el primer momento noté que amaba a Dios de veras, en cada instante, sin esperar ocasiones especiales. Me sorprendía el enamoramiento creciente con que encaraba cada jornada. Veía en sus reacciones –no faltó en su vida abundancia de dolor, enfermedad, incomprensión– cómo descubría en todos los instantes la misericordia de Dios. Pienso que el Señor ha querido valerse de San Josemaría para recordar con nuevo énfasis al mundo esta verdad tan consoladora de la fe cristiana: que Dios es nuestro Padre. Esa convicción, que esponja el alma y la lleva por caminos de paz y de libertad interior, constituía el fundamento de su jornada, minuto a minuto. Buscaba, por eso, a veces con esfuerzo, un trato lleno de ternura con el Señor, directo, sencillo. Este concepto tan claro y reconfortante está en las antípodas de la falsa idea –hoy, como ayer, frecuente– de un Dios abstracto y distante. Alimentaba unas ansias constantes de que todas las personas pudieran experimentar libremente la alegría del abrazo paterno de Dios, en la fe cristiana y muy particularmente en el sacramento del perdón. Semanalmente le veía ir a arrodillarse ante su confesor, don Álvaro del Portillo, lleno de compunción.

Me pidieron, para el inicio de este año, una ponencia para el congreso internacional sobre *La grandeza de la vida corriente*, que se celebró en Roma el pasado mes de enero, con ocasión del centenario del nacimiento del entonces Beato Josemaría. Decidí centrarla en su perfil humano y sobrenatural. Su fuerte personalidad caracterizaba notablemente la convivencia a su lado. Sobre su temperamento despierto, sin duda sus padres habían cultivado una mentalidad abierta y realista. Como curiosidad, recuerdo que alguna vez nos

había contado a don Álvaro y a mí cómo, siendo muy niño, se entretenía en su casa de Barbastro mirando *La Vanguardia* y el *ABC*, diarios a los que su padre, don José Escrivá, antes de su descalabro económico, estaba suscrito.

Desde el 2 de octubre de 1928, con la fundación del Opus Dei, el Señor le hizo ver lo que ya fue el sentido completo de su existencia: difundir por todo el mundo la llamada a la santidad en la vida ordinaria; y ese mensaje pasó a ser una luz importante de Dios para él y para su apostolado. Santa Teresa escribió que Dios se halla también entre los pucheros. San Josemaría, que quería mucho a esta santa, llegó a hablar de un materialismo cristiano: Dios no está lejos, no se encuentra sólo allá donde brillan las estrellas, lo encontramos también en nuestra vida ordinaria, familiar, profesional, ciudadana, diaria, si lo buscamos. Para este santo sacerdote, el cristianismo no es un cúmulo de obligaciones que se añaden a la común condición humana y que la oprimen. No. La gracia de Dios sana, restaura y eleva la naturaleza.

Cuando en estos días romanos de su canonización contemplo una variedad tan grande de hombres y mujeres, comprendo la extraordinaria eficacia de su confianza en la libertad de las personas. Su mayor ambición era iluminar con la luz de Dios, del Evangelio, de su gracia salvadora, a cada persona humana. Ahí centraba su misión. Amaba la capacidad de cada conciencia para comprometerse, para realizar de esta forma la propia libertad, y tenía un gran respeto por la espontaneidad de todos, que veía siempre como una fuente de bienes.

He pasado muchas horas de mi vida a su lado y puedo asegurar que no sólo respetaba sino que amaba el pluralismo en tantas manifestaciones –la mayoría– en las que las discrepancias son perfectamente legítimas entre los cristianos. Y deseaba para todos ese mismo sentimiento, porque esa comprensión acerca a los hombres entre sí.

Su respeto a la legítima autonomía de las realidades temporales hundía sus raíces en la entrega que había hecho de toda su existencia a la misión de ser un sacerdote y sólo un sacerdote, de ponerse siempre al servicio permanente de todas las personas.

A partir de su ordenación sacerdotal, fue consciente de su obligación de hacer presente a Cristo entre los hombres. Particularmente cuando celebraba la Eucaristía se sabía Cristo. Resultaba imposible acostumbrarse a acompañarle junto al altar. Se tocaba con las manos que cada día la Misa era algo distinto para su alma: un momento de trato inmediato, intenso, amorosísimo con la Trinidad. Entregaba a diario, libremente, toda su personalidad para ser sólo Cristo en la Cruz, con los brazos abiertos a todos los hombres, enteramente disponible. No hablaba de política y respetaba cuidadosamente todas las sensibilidades. Con frecuencia repetía que él era un sacerdote anticlerical, precisamente por su amor al sacerdocio, porque rechazaba toda injerencia indebida –subrayo lo de indebida– del sacerdote en las cuestiones políticas. Defendía así la legítima autonomía de los asuntos temporales, pero también la excelsa misión del sacerdote: dispensador de la extraordinaria cercanía de Dios a cada hombre y a cada mujer.

En estos días, ante el panorama de tantas personas de las más diversas procedencias, no puedo menos que dar gracias a Dios por la fecundidad espiritual de este sacerdote santo. Es un don que nos interpela, que nos recuerda una vez más que la santidad no es cosa para privilegiados, sino que Jesús de todos espera amor: «de todos –son palabras de San Josemaría–, cualesquiera que sean sus condiciones personales, su posición social, su profesión u oficio. La vida corriente y ordinaria no es cosa de poco valor: todos los caminos de la tierra pueden ser ocasión de un encuentro con Cristo, que nos llama a identificarnos con Él, para realizar –en el lugar donde estamos– su misión divina» (*Es Cristo que pasa*, n. 110). 🌍

ARTÍCULO PUBLICADO
EN «REFORMA», CD. DE MÉXICO, 6/X/02

AUTÉNTICO MAESTRO DE VIDA CRISTIANA

*Extracto de la Homilía del Card. Norberto Rivera, Arzobispo Primado de México
Catedral Metropolitana. Octubre 6, 2002*

Para la Biblia, la viña es un símbolo transparente de Israel y de su historia, con sus tramas de bien y de mal, de fe e infidelidad. El cántico de Isaías sobre la viña que hoy hemos escuchado es toda una obra de arte de la literatura hebrea. Pareciera «un corrido» cantado con motivo de las fiestas de la vendimia, «un corrido» de un enamorado que termina en tragedia. Comienza como un himno de amor y de esperanza: «Voy a cantar, en nombre de mi amado, una canción a su viña. Mi amado tenía una viña en una ladera fértil. Removió la tierra, quitó las piedras y plantó en ella vides selectas...». Pronto aparece la desilusión: «Esperaba que su viña diera buenas uvas, pero la viña dio uvas agrias». Las siguientes estrofas están impregnadas de tristeza y de lamentos del enamorado que se siente traicionado. Los espectadores son invitados a dar un juicio objetivo sobre la conducta de la viña y el juicio es durísimo, pero la sorpresa es que después de que se pronuncia la sentencia descubrimos que la viña somos nosotros los que creíamos ser sólo espectadores (...)

La historia de la viña nos la propone Jesús para que no nos hagamos ilusiones creyndonos propietarios de la verdad y la salvación. Siempre será impresionante pensar lo que pasó con las florecientes comunidades de los primeros siglos en África y Asia Menor, desaparecieron casi por completo y

sólo nos queda la historia y el recuerdo. Tengamos siempre presente la sentencia final que hemos escuchado: «Por esta razón les digo a ustedes que les será quitado el Reino de Dios y se le dará a un pueblo que produzca sus frutos». San Josemaría Escrivá de Balaguer que quiso pasar de este mundo al cielo contemplando a Santa María de Guadalupe, hoy ha sido canonizado por S.S. Juan Pablo II. El gozo de la Iglesia Universal por este nuevo santo lo es especialmente de México ya que su causa de canonización estuvo muy ligada a la de nuestro santo Juan Diego: en 1990 fueron declarados Venerables el mismo día, cuando el Papa reconoció sus virtudes heroicas, y el 20 de diciembre del 2001 el mismo Pontífice aprobó los decretos en los que reconocía los milagros atribuidos a la intercesión de estos dos santos tan unidos por el amor a la Virgen Morena. Uno de los carismas que el Fundador del Opus Dei ha dado a la Iglesia es el recordarnos, con insistencia, que el llamado universal a la santidad conlleva el que cualquier actividad humana puede convertirse en lugar de encuentro con Dios. Fue un auténtico maestro de vida cristiana y supo alcanzar las cumbres de la contemplación con la oración continuada, la mortificación constante, el esfuerzo cotidiano de un trabajo cumplido con ejemplar docilidad a las mociones del Espíritu Santo, con el fin de servir a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida.



FOTO: ARZOBISPADO DE MÉXICO.

Desde esta Iglesia Catedral de México nos unimos al Santo Padre, a toda la familia del Opus Dei con su Prelado a la cabeza y a la Iglesia Universal para exclamar llenos de esperanza: «Señor y Dios nuestro, que elegiste a San Josemaría, presbítero, para anunciar en la Iglesia la vocación universal a la santidad y al apostolado: concédenos, por su intercesión y su ejemplo, que, realizando fielmente el trabajo cotidiano según el espíritu de Cristo, seamos configurados a tu Hijo, y en unión con la Santísima Virgen María, sirvamos con ardiente amor a la obra de la Redención. Por nuestro Señor Jesucristo, nuestro Señor. Amén. 🌿

DEJAR OBRAR A

CARDENAL JOSEPH RATZINGER

Dios

Siempre me ha llamado la atención el sentido que Josemaría Escrivá daba al nombre Opus Dei; una interpretación que podríamos llamar biográfica y que permite entender al fundador en su fisonomía espiritual. Escrivá sabía que debía fundar algo, y a la vez estaba convencido de que ese algo no era obra suya: él no había inventado nada, sencillamente el Señor se había servido de él y, en consecuencia, aquello no era su obra, sino la Obra de Dios. Él era solamente un instrumento a través del cual Dios había actuado.

Al considerar esta actitud me vienen a la mente las palabras del Señor recogidas en el evangelio de San Juan 5,17: «Mi Padre obra siempre». Son palabras pronunciadas por Jesús en el curso de una discusión con algunos especialistas de la religión que no querían reconocer que Dios puede trabajar en el día del sábado. Un debate todavía abierto y actual, en cierto modo, entre los hombres –también cristianos– de nuestro tiempo. Algunos piensan que Dios, después de la creación, se ha «retirado» y ya no muestra interés alguno por nuestros asuntos de cada día. Según este modo de pensar, Dios no podría intervenir en el tejido de nuestra vida cotidiana; sin

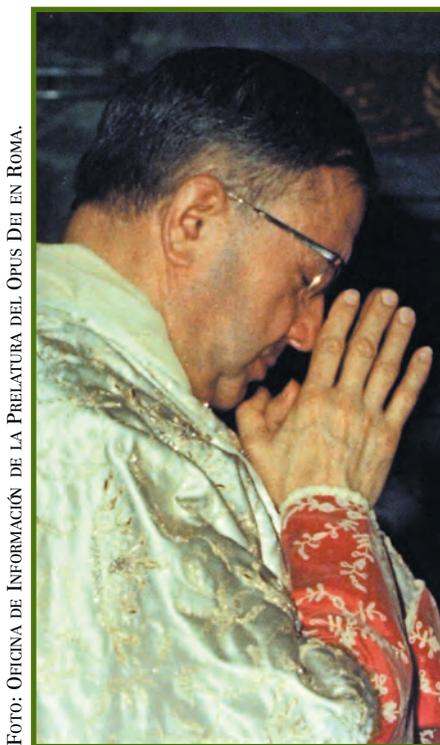


FOTO: OFICINA DE INFORMACIÓN DE LA PRELATURA DEL OPUS DEI EN ROMA.

embargo, las palabras de Jesucristo nos indican más bien lo contrario. Un hombre abierto a la presencia de Dios se da cuenta de que Dios obra siempre y de que también actúa hoy; por eso debemos dejarle entrar y facilitarle que obre en nosotros. Es así como nacen las cosas que abren el futuro y renuevan la humanidad.

Todo esto nos ayuda a comprender por qué Josemaría Escrivá no se consideraba «funda-

dor» de nada, y por qué se veía solamente como un hombre que quiere cumplir una voluntad de Dios, secundar esa acción, la obra –en efecto– de Dios. En este sentido, constituye para mí un mensaje de gran importancia el teocentrismo de Escrivá de Balaguer: está en coherencia con las palabras de Jesús esa confianza en que Dios no se ha retirado del mundo, porque está actuando constantemente; y en que a nosotros nos corresponde solamente ponernos a su disposición, estar disponibles, siendo capaces de responder a su llamada. Es un mensaje que ayuda también a superar lo que puede considerarse como la gran tentación de nuestro tiempo: la pretensión de pensar que después del *big bang*, Dios se ha retirado de la historia. La acción de Dios no «se ha parado» en el momento del *big bang*, sino que continúa en el curso del tiempo, tanto en el mundo de la naturaleza como en el de los hombres.

COMO UN AMIGO CON UN AMIGO

El fundador de la Obra decía: yo no he inventado nada; es Otro quien lo ha hecho todo; yo he procurado estar disponible y servirle como instrumento. La palabra y toda la realidad que llamamos Opus Dei está profundamente en-

samblada con la vida interior del fundador, que aún procurando ser muy discreto en este punto, da a entender que permanecía en diálogo constante, en contacto real con Aquél que nos ha creado y obra por nosotros y con nosotros. De Moisés se dice en el libro del *Éxodo* (33,11) que Dios hablaba con él «cara a cara, como un amigo habla con un amigo». Me parece que, si bien el velo de la discreción esconde algunas pequeñas señales, hay fundamento suficiente para poder aplicar muy bien a Josemaría Escrivá eso de «hablar como un amigo habla con un amigo», que abre las puertas del mundo para que Dios pueda hacerse presente, obrar y transformar todo.

En esta perspectiva se comprende mejor qué significa santidad y vocación universal a la santidad. Conociendo un poco la historia de los santos, sabiendo que en los procesos de canonización se busca la virtud «heroica» podemos tener, casi inevitablemente, un concepto equivocado de la santidad porque tendemos a pensar: «esto no es para mí»; «yo no me siento capaz de practicar virtudes heroicas»; «es un ideal demasiado alto para mí». En ese caso la santidad estaría reservada para algunos «grandes» de quienes vemos sus imágenes en los altares y que son muy diferentes a nosotros, normales pecadores. Ésa sería una idea totalmente equivocada de la santidad, una concepción errónea que ha sido corregida –y esto me parece un punto central– precisamente por Josemaría Escrivá.

Virtud heroica no quiere decir que el santo sea una especie de «gimnasta» de la santidad, que realiza unos ejercicios inasequibles para las personas normales. Quiere decir, por el contrario, que

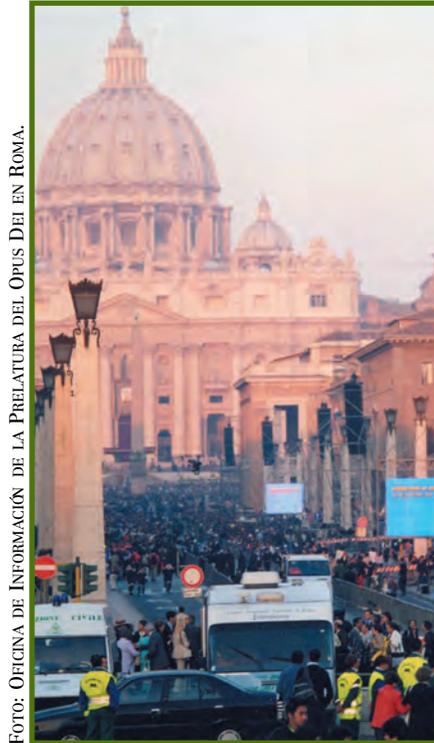


FOTO: OFICINA DE INFORMACIÓN DE LA PRELATURA DEL OPUS DEI EN ROMA.

en la vida de un hombre se revela la presencia de Dios, y queda más patente todo lo que el hombre no es capaz de hacer por sí mismo. Quizá, en el fondo, se trate de una cuestión terminológica, porque el adjetivo «heroico» ha sido con frecuencia mal interpretado. Virtud heroica no significa exactamente que uno hace cosas grandes por sí mismo, sino que en su vida aparecen realidades que no ha hecho él, porque él sólo ha estado disponible para dejar que Dios actuara. Con otras palabras, ser santo no es otra cosa que hablar con Dios como un amigo habla con el amigo. Esto es la santidad.

EN LAS MANOS DE DIOS

Ser santo no comporta ser superior a los demás; por el contrario, el santo puede ser muy débil, y contar con numerosos errores en su vida. La santidad es el contacto profundo con Dios: es hacerse amigo de Dios, dejar obrar al Otro, el único que puede hacer realmen-

te que este mundo sea bueno y feliz. Cuando Josemaría Escrivá habla de que todos los hombres estamos llamados a ser santos, me parece que en el fondo está refiriéndose a su personal experiencia, porque nunca hizo por sí mismo cosas increíbles, sino que se limitó a dejar obrar a Dios. Y por eso ha nacido una gran renovación, una fuerza de bien en el mundo, aunque permanezcan presentes todas las debilidades humanas. Verdaderamente todos somos capaces, todos estamos llamados a abrirnos a esa amistad con Dios, a no soltarnos de sus manos, a no cansarnos de volver y retornar al Señor hablando con Él como se habla con un amigo sabiendo, con certeza, que el Señor es el verdadero amigo de todos, también de todos los que no son capaces de hacer por sí mismos cosas grandes.

Por todo esto he comprendido mejor la fisonomía del Opus Dei: la fuerte trabazón que existe entre una absoluta fidelidad a la gran tradición de la Iglesia, a su fe, con desarmante simplicidad, y la apertura incondicionada a todos los desafíos de este mundo, sea en el ámbito académico, en el del trabajo ordinario, en la economía, etc. Quien tiene esta vinculación con Dios, quien mantiene un coloquio ininterrumpido con Él, puede atreverse a responder a nuevos desafíos, y no tiene miedo; porque quien está en las manos de Dios, cae siempre en las manos de Dios. Es así como desaparece el miedo y nace la valentía de responder a los retos del mundo de hoy. 🌱

ARTÍCULO PUBLICADO
EN UN ESPECIAL DE
«L'OSSERVATORE ROMANO»,
CIUDAD DEL VATICANO, 5/IX/02.

CONOCÍ A UN HOMBRE

MARLIES KÜCKING

QUE SABÍA AMAR

FOTO: OFICINA DE INFORMACIÓN DE LA PRELATURA DEL OPUS DEI EN ROMA.



He tenido la enorme fortuna de trabajar muchos años junto a quien desde hoy será San Josemaría Escrivá de Balaguer, y he sido testigo de este amor, de su plena adhesión y fidelidad a la Iglesia y al Santo Padre, del cariño a sus hijos y a todas las almas, de su laboriosidad incansable y de su esfuerzo constante por vivir las virtudes cristianas.

La entera existencia de San Josemaría estaba centrada en Jesucristo, el gran amor de su vida. En sus últimos años solía exclamar con el salmista: «¡Buscaré, Señor, tu rostro!», «*vultum tuum, Domine, requiram!*» (Cfr. *Sal* 27,8). Ansiaba ver el rostro del Señor. Y junto a ese querer, diría que precisamente por su causa, amaba a todos los hombres con pasión, y de modo particular a sus hijos: era un sacerdote que sabía querer, con un querer sobrenatural y humano al mismo tiempo. Su presencia y sus palabras arrastraban hacia Dios y, a la vez, lograban que las personas se encontrasen a gusto: se estaba muy bien a su lado y se palpaba que compartía con un interés auténtico todo: la salud física y espiritual, la tarea profesional, amistades, la familia, las alegrías y pesares...

En la homilía «Con la fuerza del amor» (*Amigos de Dios*), haciendo suyas las palabras de San Juan: «El celo de tu casa me consume» (Cfr. *Jn* 2,17), resalta que le consume el hambre de que se salve la humanidad entera.

El Señor ha querido el Opus Dei para reavivar entre los cristianos comunes, hombres y mujeres que pueblan la tierra y forman con sus iguales el tejido de la sociedad, el eco de la llamada a la santidad. Cualquier ocupación humana honesta –el trabajo ordinario, desempeñado en el mundo de manera laical y secular–, se puede convertir en servicio a la Iglesia Santa, al Romano Pontífice y a todas las almas. La universalidad de los horizontes apostólicos de Josemaría Escrivá, consecuencia del carisma fundacional y de su propia correspondencia a la gracia, encuentra su punto de referencia esencial en las páginas del Evangelio: en el ejemplo y la doctrina del Señor. Con mucha frecuencia estaba en sus labios, como previamente en su oración, la descripción de esta o aquella escena evangélica que pone de manifiesto el inmenso amor del Salvador a todos los hombres. «No es posible separar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su

función de Redentor», escribe en *Es Cristo que pasa*, y continúa: «El Verbo se hizo carne y vino a la tierra *ut omnes homines salvi fiant* (Cfr. *1 Tim* 2, 4), para salvar a todos los hombres. (...) Nuestro Señor ha venido a traer la paz, la buena nueva, la vida, a todos los hombres. No sólo a los ricos, ni sólo a los pobres. No sólo a los sabios, ni sólo a los ingenuos. A todos. A los hermanos, que hermanos somos, pues somos hijos de un mismo Padre Dios. No hay, pues, más que una raza: la raza de los hijos de Dios. No hay más que un color: el color de los hijos de Dios. Y no hay más que una lengua: ésa que habla al corazón y a la cabeza, sin ruido de palabras, pero dándonos a conocer a Dios y haciendo que nos amemos los unos a los otros».

Su mensaje se dirigía y se dirige a todos, sin ningún tipo de discriminación: raza, nacionalidad, religión, clase social. Le urgía que el anuncio de la llamada universal a la santidad que difunde el Opus Dei llegase al mayor número de almas. Muchas naciones saben de su caminar por las calles de las grandes metrópolis –Londres, París, Lisboa, Roma, Munich, Dublín...– y de pequeñas aldeas sin fin. Tantas veces solía comentar

En los 27 años que han transcurrido desde su *dies natalis*, el 26 de junio de 1975, muchas personas se habrán preguntado por el «secreto» de su vida: ¿por qué arrastraba tanto? ¿por qué despertaba en las personas que le escuchaban, que leían y leen sus escritos, deseos de volver a Dios, de tratarle como a un Padre, a un Amigo, al Amor..., de acercarle almas?

Sólo cabe una respuesta: Josemaría Escrivá arrastraba, ciertamente, por la personalidad fuerte que sin duda tenía, pero mucho más por el amor de Dios que llenaba su vida .

que había llenado de avemarías las carreteras de Europa. Pero el itinerario más importante lo emprendía diariamente en su oración encendida junto al Santísimo Sacramento, presentando al Señor su sed de almas, los afanes apostólicos de sus hijas e hijos en todos los países. Cuando se retiraba por la noche y antes de conciliar el sueño, repasaba con la imaginación el *mapa mundi*, empezando por Oriente y adorando al Señor en los sagrarios del mundo: los que conocía, porque estaban en centros del Opus Dei, y los que no conocía.

Su Santidad Juan Pablo II canoniza hoy a Josemaría Escrivá de Balaguer. Siempre que la Iglesia eleva a los altares a un hijo o hija suya, presenta a sus fieles un ejemplo vivo. Es como si dijera a cada uno: «Sí, ¡tú también puedes!» Por eso, junto al agradecimiento enorme al Santo Padre y a la Iglesia, deseo acabar estas líneas con una petición encendida al nuevo Santo para que nos ayude a tener su afán de almas, a saber entregarnos a los hombres y mujeres con quienes convivimos y así hacer llegar al mundo el mensaje de la paz y alegría de Cristo.

FILÓLOGA ALEMANA.
ARTÍCULO PUBLICADO
EN UN ESPECIAL DE
«L'OSSERVATORE
ROMANO», CIUDAD DEL
VATICANO, 5/IX/02.

ESCRIVÁ DE BALAGUER:

LA VERDADERA CONCILIACIÓN DE LOS CONTRARIOS

CARLOS LLANO CIFUENTES



FOTO: OFICINA DE INFORMACIÓN DE LA PRELATURA DEL OPUS DEI EN ROMA.

Josemaría Escrivá de Balaguer fundador del Opus Dei, cuya canonización está anunciada para el día de hoy en la Plaza de San Pedro de Roma, fue calificado por Juan Pablo II, en el momento de su beatificación, como "pregonero de la santificación del cristiano en medio del mundo". La palabra "santificación", así como "santidad", de profunda raigambre cristiana, ha perdido desgraciadamente la fuerte virtualidad que le es propia: santidad significa plenitud del hombre en todos sus aspectos, no sólo los sobrenaturales, es decir, su relación con Dios, sino también los simplemente humanos: hablamos evidentemente de la plenitud que el

hombre puede alcanzar en esta vida terrena. De ahí que Josemaría Escrivá conciba al hombre de una manera que hoy día puede sorprendernos. La cultura actual considera al ser humano desde perspectivas muchas veces verdaderas, pero parciales. Al enfatizar excesivamente una legítima dimensión humana, puede caer en el peligro de atrofiar otras dimensiones del hombre que contribuyen a su plenitud, es decir, a su santidad.

Por ello el concepto de ser humano que aporta Josemaría Escrivá a la cultura contemporánea, nos sorprende por el equilibrio y la armonía con la que logra reunir en el hombre que

aspira a la santidad en medio del mundo, aspectos o cualidades que se consideran hoy erróneamente como contrapuestos. La primera conjunción o interrelación que se descubre en su pensamiento y en su vida, es precisamente aquella por la que más se le distingue: la misión de todo cristiano para llevar a la perfección, a la plenitud (volvemos a repetir, a la santidad), las tareas ordinarias de la vida. Cualquier lícita ocupación del hombre es santificable, vale decir, capaz de plenificar al que la realiza y a sus destinatarios, siempre que se haga como cumplimiento de la voluntad de Dios –que técnicamente puede llamarse deber de estado– y con la intención de mejorar a los hombres destinatarios de esas tareas. Se trata nada menos que de conjugar lo extraordinario con lo ordinario. El Fundador del Opus Dei supo decirlo al expresar que cualquier hombre, ayudado por la gracia de Dios, debe hacer extraordinariamente bien las acciones ordinarias de su vida común y corriente.

En relación con los demás, Josemaría Escrivá lleva a cabo en su propia vida y en sus enseñanzas, que inciden en miles y miles de personas, el equilibrio de otros dos aspectos que la sociedad actual necesita clarificar con apremio. Me refiero al sentido social de la tolerancia que el cristianismo promueve desde sus primeros pasos, cuando pide en el Evangelio nada menos que el amor al enemigo. No hay fórmula que subraye con tanta fuerza lo que hoy se anda buscando a palos de ciego: una tolerancia con las personas que no llegue a la anarquía, al permisivismo y a la degradación. Así lo resume quien a estas horas ya habrá sido canonizado: intransigencia con la doctrina, con el error, pero transigencia –incluso amor y cariño– con la persona. Se puede ser

FOTO: OFICINA DE INFORMACIÓN DE LA PRELATURA DEL OPUS DEI EN ROMA.



existencialmente amigo en medio de una intelectual divergencia. La amistad no nos obliga a concesiones de aquello que consideramos demostrativamente verdadero. Como lo dijo gráficamente Escrivá, no debemos romper nuestras relaciones amistosas con quien sostenga que dos más dos son cinco (aunque tampoco debemos admitirlo para seguir siendo amigos).

Esta síntesis entre la amistad y la verdad tiene también otro matiz importante en su relación con nuestros iguales: hemos de ser transigentes, comprensivos, caritativos, con los defectos de los demás, al tiempo que tomamos una actitud de intransigencia y de rigor con los defectos propios.

Quienes tuvimos la gracia de Dios de convivir estrechamente con Josemaría Escrivá, podemos dar testimonio de otro campo en la interrelación de aspectos humanos que parecen ser adversos entre sí. La profundidad de su pensa-

miento se hace enteramente compatible con la simplicidad de su predicación, impregnada siempre de alegría y buen humor. Las verdades más importantes para el hombre –aquellas que se refieren a sus situaciones límite– son enfocadas por Escrivá de Balaguer con un sentido optimista de la existencia y con un cariz casi jocoso en su manera de presentarlas, de modo que quedan desdramatizadas y se hacen asimilables para ese hombre común y corriente cuya santidad afanosamente –por amor de Dios– persigue. Tal vez sea éste uno de los rasgos más señalados de su atractiva personalidad.

Después de varios años sin asistir a una homilía suya, le escuché un largo comentario sobre la parábola de "el sembrador", que es, como se sabe, uno de los pasajes evangélicos con consecuencias más profundas para la comprensión de las relaciones del hombre con Dios. Sabía que de San Josemaría obtendríamos un inagotable provecho con sus comentarios a este pasaje evangélico. Pero no tenía presente entonces que su manera de ayudarnos a hacer oración consistía en captarnos siempre por un lado de interés jocoso, apropiado para gente joven con un sentido naturalmente risueño de la vida. La semilla del sembrador caerá tristemente sobre rocas y sobre espinas... Pero su introducción fue muy distinta: "Sale el sembrador...; mejor dicho: salía, porque ahora todo se siembra con máquinas...". Reviví en ese mismo instante los acentos agradables y acogedores con que hacía gozosa en su predicación y conversaciones la doctrina de Jesucristo.

Uno de los pensadores más ilustres del siglo XX, el ya fallecido Cornelio Fabro, señala la conciliación de dos contrarios aspectos de la persona, que se requiere para quien desea ser un verdadero hombre completo.



Foto: S. CASTILLO.

Se refiere Fabro a la manera original como Josemaría Escrivá pone en equilibrio la completa obediencia a Dios, manifestada a través de las circunstancias ordinarias de su vida, y la plena libertad personal sin la que el cristianismo no sería enteramente vivido. Comprometiéndose con Dios para cumplir el plan al que Él mismo le ha llamado, el ser humano no pierde la libertad que le es esencial: al revés, tal compromiso es uno de los actos en que ejercita esta característica suya con mayor acierto. Quien no se compromete con nada valioso, se hace esclavo de las pasiones y sentimientos más banales, que pretenden llenar ese vacío producido por la falta de compromisos serios. Josemaría Escrivá lo decía gráficamente en un lenguaje coloquial que es claro para todos nosotros: obedezco a Dios porque me da la gana, que es, si bien se mira, un profundo motivo sobrenatural.

Encontramos aún otro ensamblaje o interrelación en dos aspectos de la vida social que muchos no logran ahora conjugar: la más completa y filial entrega a la Iglesia Católica y a sus enseñanzas, compatible con la heterogeneidad y aun adversidad de las opiniones que los cristianos, en uso de su personal responsabilidad, pueden sostener en el amplio campo que Dios ha dejado a la libre discusión de los hombres. Abominaba Escrivá de Balaguer lo que alguna vez llamó mentalidad de partido único, sostenida, incluso con buena voluntad, por aquellos cristianos que querían, fundamentándose en la profesión de la misma fe, constituir una fuerza poderosa supuestamente capaz de orientar a grupos de personas o naciones por un buen camino político, económico o social.

Finalmente, a la hora de presentar un resumen de esta síntesis o conciliación de aspectos humanos

que podemos reduccionistamente separar por su aparente contrariedad, minusvalorando unos para que otros predominen, debo dejar apuntado aquí el aspecto de su enseñanza que más me ha llamado la atención, y que he tenido la venturosa oportunidad de ver encarnado a lo largo de su vida, llena de obstáculos y repleta al mismo tiempo de dichas: encontrar la alegría precisamente en la Cruz. La alegría tiene sus raíces en forma de Cruz, nos dijo. ¿Cuántos de nosotros encontraríamos la paz y la felicidad que puede alcanzarse en este mundo, si halláramos en el recién canonizado Josemaría Escrivá el ejemplo de esa armonía, equilibrio, síntesis, que se da entre la alegría y el sufrimiento?

**ARTÍCULO PUBLICADO
EN «PÚBLICO»,
GUADALAJARA, JALISCO: 6/X/02**



UN SANTO “PRÁCTICO”

RAMÓN SALAS CACHO

Cuando en 1970 San Josemaría Escrivá vino a México aún se vivían las secuelas del movimiento del 68 y estaba en pleno apogeo el fenómeno «hippie», ambos expresión de inconformismo. Era un ambiente que se contagiaba: desde clubs de música de protesta, pasando por modas extravagantes en vestido, lenguaje o costumbres, hasta aspectos más radicales de la vida. Recuerdo por ejemplo a Esteban, compañero del último año de Preparatoria, que un buen día decidió incorporarse a la

guerrilla centroamericana cautivado por la figura del Ché Guevara. En cualquier caso el común denominador de la gente joven era de cierta crisis generalizada. Aún hoy se reconoce en aquel movimiento un histórico punto de inflexión cultural.

Todo este trasfondo no podía quedar al margen en los encuentros que el fundador del Opus Dei tuvo con gente joven en mayo y junio de 1970. La visión y el recuerdo que yo tengo de él es precisamente ése, el de un sacerdote que supo entender a los jóvenes de esa generación

y aprovechar el momento de confusión y crisis para encauzar sus inquietudes, sus energías. No lo vi extrañarse –y mucho menos aún escandalizarse, como era común en gente de su edad– por nuestros atuendos o por nuestras preguntas. Incluso bromeaba con los abultados nudos de las corbatas o por las melenas que hacían difícil adivinar el sexo. Distinguía lo esencial de lo secundario. Él iba al fondo. Hablando con un lenguaje accesible y familiar nos pedía que fuéramos rebeldes con causa, en clara referencia a lo absurdo de defender la anarquía por la anarquía, tan en boga entonces; nos «provocaba» al decirnos que no voláramos como las aves de corral cuando podíamos volar como las águilas, metiéndonos la inquietud de prepararnos mejor académicamente, de tener un prestigio que nos abriera camino en el futuro para cambiar las cosas que ahora nos parecían mal; nos repitió, en fin, lo que ya años antes había escrito: que la religión es la mayor rebeldía del hombre que no quiere vivir como una bestia.

En uno de esos encuentros en los que estuve presente, comenzó a hablar de lucha, de esfuerzo, nos iba introduciendo paso a paso, como quien lo tiene bien

experimentado, en el drama de la existencia humana, en lo que suele haber en el fondo de todo corazón, esa especie de contradicción que nos hace, por un lado, soñar con heroísmos e ideales sublimes y, por otro, enfrentarnos con nuestras pasiones: envidias, pereza, sensualidad. Hablaba en primera persona: yo también soy capaz de todo. De pronto –estaba frente a él en ese instante– se dirigió a mí: –«¿Cuántos años tienes?» –«Diecisiete», le dije. –«Pues no te hagas ilusiones, cuando llegues a mi edad seguirás teniendo las mismas tentaciones, las mismas pasiones y habrás de luchar como ahora en plena juventud».

El impacto que me causó fue profundo. Por un lado estaba hablando un sacerdote que reflejaba coherencia, integridad, disciplina, una persona que aspiraba a la santidad, pero consciente de que era de carne y hueso. Nos daba una lección de humildad. Pero había algo más: esta experiencia, contada a modo de confidencia, era una respuesta –la más realista que yo hubiera escuchado antes– a nuestras inquietudes. Sí, entendí que existía –y existirá siempre– una relación directa entre el esfuerzo cotidiano por cambiar, por ser mejor, y el otro cambio, el de la sociedad; y que

esa lucha interior, personal, íntima, no sólo permanecerá siempre, sino que se convertirá en el medio indispensable para esa doble mutación, la de la persona y la del mundo. Tiempo después pude leer en uno de sus escritos esta misma idea expresada en forma sucinta y precisa:

«No me seas “teórico”: han de ser nuestras vidas, cada jornada, las que conviertan esos ideales grandiosos en una realidad cotidiana, heroica y fecunda» (*Surco*, n. 949).

El contrapunto también es muy suyo: «¿Quieres de verdad ser santo? –Cumple el pequeño deber de cada momento: haz lo que debes y está en lo que haces» (*Camino*, n. 815). Hay quienes siguen pensando que los santos son unos idealistas ingenuos y poco prácticos. La perspectiva que da el tiempo y la fecundidad de su propia vida, que he podido ver personalmente durante estos años, me llevan a concluir lo contrario: a valorar más lo que ha supuesto ese mensaje de santificación a través de las pequeñas luchas de cada día. Y todavía con más razón si lo consideramos en el contexto de un siglo –el pasado– en que hubo ideologías, propuestas, teorías... y teóricos, que literalmente acabaron con las esperanzas de muchos jóvenes.

Sólo Dios sabe la trascendencia que tendrán este nuevo santo y el Opus Dei, institución de la Iglesia que él fundó, pero las siguientes palabras de Juan Pablo II, que hoy lo incluirá en el elenco de los santos, pueden ayudarnos a dimensionarlo. «La historia de la Iglesia y del mundo –afirmaba en 1993– se desarrolla bajo la acción del Espíritu Santo, que, con la colaboración libre de los hombres, dirige todos los acontecimientos hacia la realización del plan salvífico de Dios Padre. Manifestación evidente de esta Providencia divina es la presencia constante a lo largo de los siglos de hombres y mujeres, fieles a Cristo, que iluminan con su vida y su mensaje las diversas épocas de la historia. Entre esas figuras insignes ocupa un lugar destacado el Beato Josemaría Escrivá, que, como subrayé el día solemne de su beatificación, recordó al mundo contemporáneo la llamada universal a la santidad y el valor cristiano que puede adquirir el trabajo profesional, en las circunstancias ordinarias de cada uno».

ARTÍCULO PUBLICADO
EN «EL NORTE»,
MONTERREY, NUEVO
LEÓN; 6/X/02.

CRISTO: INSPIRACIÓN Y META

El seis de octubre, XXVII domingo del tiempo ordinario, el Santo Padre Juan Pablo II canonizó al presbítero Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei.

Una inmensa asamblea, compuesta por más de trescientos mil peregrinos de diversas lenguas, razas, culturas y tradiciones, llenaba las plazas de San Pedro y Pío XII, la vía de la Conciliación hasta el castillo del Santo Ángel y las calles adyacentes.

Asistieron a la ceremonia treinta y tres cardenales y más de cuatrocientos obispos; mil cuarenta sacerdotes distribuyeron la comunión a la inmensa asamblea.

Al final de la Misa, antes del rezo del Ángelus, el Santo Padre pronunció los saludos que publicamos a continuación.

1. Al término de esta solemne celebración litúrgica, quisiera saludar cordialmente a todos los peregrinos que han venido de todas las partes del mundo. Dirijo un saludo especial a la delegación gubernativa, a las numerosas personalidades y a los peregrinos de Italia, donde el nuevo santo trabajó durante mucho tiempo por el bien de las almas y la difusión del Evangelio en todos los ambientes.

2. Saludo cordialmente a las delegaciones y a los peregrinos de lengua francesa que han venido para la canonización de Josemaría Escrivá. Ojalá encuentren en la enseñanza del nuevo santo los elementos espirituales que necesitan para recorrer el camino diario de la santidad. Os bendigo a todos con afecto. Invito



a los miembros de las diferentes delegaciones y a todos los que habéis venido de los países de lengua inglesa a aprender la lección del nuevo santo: Jesucristo debe ser la inspiración y la meta de todos los aspectos de vuestra vida diaria. Os encomiendo a vosotros y a vuestras familias a su intercesión, e invoco abundantes bendiciones sobre vuestro compromiso y vuestro apostolado.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua alemana que han participado en la celebración de la canonización del sacerdote Josemaría Escrivá de Balaguer. Que su palabra y su ejemplo os estimulen a buscar la santidad. Realizad con gran amor a Dios las pequeñas cosas de todos los días. Que el Señor os conceda a todos su gracia. Saludo a todas las delegaciones oficiales, así como a los numerosos participantes en la canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer, llegados de España y Latinoamérica. Acogiendo, como Pedro, la invitación de Jesús a remar mar adentro, sed apóstoles en vuestros ambientes.

Que en este camino os acompañe la Virgen María y la intercesión del nuevo santo.

Saludo también a los participantes de lengua portuguesa aquí presentes. Que San Josemaría os sirva de modelo en vuestro compromiso de santificar vuestro trabajo y vuestras familias. ¡Alabado sea nuestro Señor Jesucristo!

Saludo cordialmente a todos los miembros del Opus Dei, a los devotos de San Josemaría y a todos los peregrinos de Polonia. Que su intercesión sea para todos propiciadora de gracias, y que el carisma de su vida os inspire en las sendas del progreso espiritual. ¡Dios os bendiga!

3. El amor a la Virgen es una característica constante de la vida de San Josemaría Escrivá, y es parte eminente de la herencia que lega a sus hijos e hijas espirituales. Invoquemos a la humilde Esclava del Señor para que, por intercesión de este devoto hijo suyo, nos conceda a todos la gracia de seguirla dócilmente en su exigente camino de perfección evangélica. Por último, saludo cordialmente al Prelado y a todos los miembros del Opus Dei: os agradezco todo lo que hacéis por la Iglesia. 🙏

SELECCIÓN
DEL ARTÍCULO PUBLICADO
EN «L'OSSERVATORE ROMANO»,
ED. SEMANAL
EN ESPAÑOL 11/X/02

OFICINA DE INFORMACIÓN DE LA PRELATURA DEL OPUS DEI EN MÉXICO

Extremadura No. 7 • Col. Insurgentes Mixcoac • Del. B. Juárez • 03920 México, D.F. • Tel / Fax: 5563 9548 / 5611 1824 • www.opusdei.org.mx • mexico@opusdei.org

Lo invitamos a suscribirse al servicio de noticias vía Internet en: www.opusdei.org.mx